

Advertiendo Pizarro la importancia que tomaba cada día la ciudad de San Miguel, único puerto por entonces en aquella costa, quiso, al tiempo de salir de Caxamalca, dejarla al cuidado de una persona de confianza. Puso para ello los ojos en Sebastian de Benalcazar, caballero que llegó despues á figurar en primera linea entre los conquistadores de la América Meridional, por su valor, sus talentos y su crueldad. Mas apenas habia tomado posesion de su gobierno, cuando le llegaron, lo mismo que á Alvarado, tales noticias de las riquezas de Quito, que se resolvió a emprender su conquista con las fuerzas que mandaba, aunque no tenia órdenes para ello.

Puesto á la cabeza de unos ciento cincuenta soldados, de á pié y de á caballo, y de un crecido número de Indios amigos, encumbrió la cordillera hasta salir á las llanuras de Quito por un camino mas breve y seguro que el escogido por Alvarado. En los llanos de Riobamba encontró al general indio Ruminavi, y tuvo con él algunas refriegas con vario suceso, hasta que siendo el valor igual, triunfó la disciplina, y el victorioso Benalcazar enarboló el estandarte de Castilla en los antiguos torreones de Atahuallpa. En honor de su general Francisco Pizarro

mente de las negociaciones con mes siniestros sobre la conducta Almagro, yendo acompañadas de los Conquistadores. sus observaciones de mil infor-

dió á la ciudad el nombre de San Francisco de Quito. Causóle no obstante harta pesadumbre el advertir, que ó bien eran falsas las noticias de sus riquezas, ó estas habian sido escondidas por los habitantes. La ciudad fué lo único que ganó con sus victorias; la concha sin la perla á que debia todo su valor. Mientras sobrellevaba este golpe lo mejor que podia, recibió nuevas de que su gefe Almagro se acercaba.¹⁶

No bien se supo en el Cuzco la espedicion de Alvarado, salió Almagro en direccion á San Miguel con una corta fuerza, pensando reforzarla allí, y marchar en seguida contra los invasores. No quedó poco asombrado cuando llegó á la ciudad, y supo que no estaba en ella su gobernador. Dudoso Almagro de la pureza de sus intenciones, no vaciló, con la fogosidad propia de la juventud, algo apagada en verdad por los achaques de la vejez, en meterse por las montañas en busca de Benalcazar.

Venciendo el resuelto veterano con su acostumbrada energía las dificultades de la marcha, dentro de pocas semanas se halló con su tropa en las elevadas llanuras de Riobamba, aunque en el camino hubo de resistir mas de un

¹⁶ Pedro Pizarro, Descub. y de las Indias, MS., Parte 3, lib. Conq., MS.—Herrera, Hist. Ge- 8, cap. 19.—Carta de Benalcazar, neral, dec. 5, lib. 4, cap. 11, 18; MS. lib. 6, cap. 5, 6.—Oviedo, Hist.

vigoroso ataque de los naturales, cuyo valor y constancia resaltaban mas comparados con la indiferencia de los Peruanos. Pero aun no habia llegado para estos la hora de manifestar el fuego que en sus pechos ardía.

No tardó Almagro en ver llegar á Riobamba al gobernador de San Miguel, quien negó y acaso de buena fé, el haber llevado ninguna intencion torcida al emprender sin órdenes aquella entrada. Ya con este refuerzo esperó tranquilamente el capitan español la llegada de Alvarado. Las tropas de este último, aunque mas maltratadas, eran superiores en número y en equipo á las de su rival. Cuando se hallaron frente á frente en los inmensos llanos de Riobamba, parecia inevitable un combate sangriento, que procurara á los naturales la satisfaccion de ver vengados sus agravios, por los mismos que se los hicieron. Pero Almagro no queria que las cosas viniesen á tal término.

Comenzaron, pues, las negociaciones, y cada parte alegaba los derechos que creia tener á aquella provincia. En el entretanto, las tropas de Alvarado trataban continuamente con las de Almagro, y escuchaban allí tales relaciones de las riquezas y maravillas del Cuzco, que ya muchos se inclinaban á pasarse á las filas de Pizarro. Hasta su mismo caudillo, convencido de que la posesion de Quito no bastaba á com-

pensar los trabajos pasados, y los que segun las apariencias aun le quedaban por sufrir si persistia en su empeño, comenzó á echar de ver la ligereza y temeridad con que habia procedido, esponiéndose á incurrir en el desagrado de su soberano. Dispuesto su ánimo de este modo, no era ya difícil que se arreglasen satisfactoriamente los puntos en cuestion, y se convino por principio en que el gobernador pagaria á Alvarado cien mil *pesos de oro*, comprometiéndose este último á entregarle sus navíos, sus tropas y todas sus municiones y pertrechos de guerra. Los buques eran doce, entre grandes y pequeños, y la suma que recibió en pago, si bien crecida, no alcanzaba á cubrir sus desembolsos. Concluido el tratado, quiso Alvarado apersonarse con Pizarro, antes de salir de la tierra.¹⁷

17 Conq. i Pob. del Piru, MS.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 6, cap. 8-10.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 20.—Carta de Benalcazar, MS.

No están de acuerdo los escritores en la suma pagada á Alvarado por indemnizacion; pero tanto este como Almagro en sus cartas al emperador, desconocidas hasta ahora á los historiadores, convienen en la suma fijada en el testo. Alvarado se lamenta de que no le quedó otro arbitrio que tomarla, aunque le resultaba grave pérdida á él, lo mismo que á la corona por el malogro de su expedicion, segun lo insinúa modestamente. (Carta de Alvarado al Emperador, MS.) Almagro, sin embargo, sostiene que la suma pagada era tres veces mas de lo que merecia el armamento, "é hice este sacrificio," añade, "en obsequio de la paz, que nunca es cara á ningun precio." ¡Opinion estraña en un conquistador castellano! Carta de Diego de Almagro al Emperador, MS., Oct., 15, 1534.

Mientras pasaba todo esto, habia salido de la capital el gobernador, é ignorando hacia donde se habria encaminado Alvarado, emprendió su marcha para la costa, por si acaso viniese por allí. Dejó en el Cuzco á su hermano Juan, creyéndolo por sus modales el mas á propósito para conciliarse el efecto de la poblacion indígena. Dejó igualmente noventa soldados para que sirviesen de guarnicion y de principio para la nueva colonia, y tomando consigo al Inca Manco, llegó hasta Jauja. Allí le obsequió el príncipe indio con el espectáculo de una gran cacería al uso del pais, conforme la dejamos descrita, en la que se mató un inmenso número de fieras, y se recogieron en cercados, para despojarles de sus delicados vellones las vicuñas y demas especies de carneros del Perú que vagan por las montañas.¹⁸

El gobernador se encaminó en seguida á Pa-

¹⁸ Carta de la Just. y Reg. de Jauja, MS.—Relac. del Primer. Descub., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 6, cap. 16.—Montesinos, Anales, MS., año 1534.

Aquí da fin repentinamente á sus trabajos el autor de la *Relacion del Primero Descubrimiento del Peru*, MS. tantas veces citado en el curso de esta obra. Es escritor de juicio y observador, y aunque participa de la tendencia nacional á exagerar y recar-

gar el colorido, escribe como quien ha visto lo que refiere y no trata de engañar á nadie.

Tambien en Jauja termina el escribano Pedro Sancho su *Relacion*, que abraza un período mucho mas corto que la precedente, pero que es tan auténtica como ella. Esta *Relacion* puede considerarse como autoridad de mucho peso, por ser obra del secretario de Pizarro, y estar referendada por este. Es evidente con todo, que deben hacerse

chacamac, donde recibió la agradable noticia del convenio con Alvarado, y poco despues le visitó este caballero en persona, antes de embarcarse.

De ambas partes se notó durante la entrevista la mayor cortesía y aun cordialidad, puesto que ya no existia entre ellos ningun motivo de disgusto; y es de suponerse que se contemplarian mutuamente con no escaso interes, habiendo ambos alcanzado tan alto renombre en la áspera senda de las aventuras. Es verdad que Alvarado ganaba algo en la comparacion, porque si bien el porte de Pizarro no carecia de autoridad, no tenia la gentileza ni los modales afables y cortesanos del conquistador de Guatemala, que no menos que la blancura de su tez y sus dorados cabellos, le ganaron entre los Aztecas el sobrenombre de Tonatiuh ó “hijo del Sol.”

Todo era ahora fiestas y regocijos en la antigua ciudad de Pachacamac, y en vez de los cantares y de los sacrificios á la divinidad india que

grandes rebajas en ella por causa de su origen, pues ha de considerarse como la esplicacion que da Pizarro de sus propios hechos, y á fè que algunos de ellos necesitaban bastante de una apología. Es preciso añadir para hacer justicia al general y al secretario, que la *Relacion* no difiere en lo sustancial de las otras historias contemporáneas, y que

no insiste con demasia ni molesta en su empeño de paliar los hechos culpables de los Conquistadores.

A Ramusio somos deudores de la publicacion de este diario. Sus ilustrados trabajos nos han conservado mas de una preciosa produccion contemporánea, aunque traducidas á otra lengua.

se veían allí con tanta frecuencia, resonaba en todo lugar el estruendo de los torneos y de las cañas á la morisca, con que los belicosos aventureros gustaban de recordar las diversiones favoritas de su pais natal. Concluidas las fiestas se volvió Alvarado á su gobernacion de Guatemala, en donde su espíritu inquieto le metió muy pronto en nuevas empresas que al cabo atajaron su azarosa carrera. Su expedicion al Perú pinta muy bien su carácter. Con la injusticia por base y la temeridad por guia, no es maravilla que acabase infelizmente.¹⁹

Para este tiempo podia ya decirse que la conquista del Perú estaba terminada. Es verdad que en el interior aun oponian resistencia algunas tribus bárbaras, y que se dió comision á Alonso de Alvarado, capitán prudente y de confianza, para que las redujese. Benalcázar se mantenía en Quito, cuyo gobierno le dió despues la corona. Allí afianzaba cada vez mas el dominio de los Españoles, y al mismo tiempo estendía sus conquistas por el norte. Pero el Cuzco, la antigua y venerada capital de la mo-

¹⁹ Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Carta de Francisco Pizarro al Señor de Molina, MS.

Alvarado murió en 1541 por haber caido sobre él un caballo, queriendo subir una cuesta es-

carpada en la Nueva Galicia. Por una estraña coincidencia su bella esposa pereció el mismo año, en Guatemala en su propia casa, que fué arrebatada por una avenida que bajó de las montañas vecinas.

narquia, estaba ganada: los ejércitos de Atahuallpa derrotados y dispersos; el imperio de los Incas destruido, y el príncipe que empuñaba el centro peruano, solo era una sombra de monarca, sujeto á la voluntad de su vencedor.

Lo primero que hizo el gobernador fué escoger un sitio apropósito para la futura capital de este inmenso imperio ultramarino. El Cuzco sumido entre las montañas, no convenia á un dueblo comerciante, por su mucha distancia de la costa: la pequeña colonia de San Miguel quedaba demasiado al Norte, y valia mejor elegir un punto mas céntrico, que no seria difícil hallar en alguno de los fértiles valles de la costa. Tal era, por ejemplo, el de Pachacamac, donde se hallaba entonces, Pizarro; pero despues de un maduro examen prefirió el valle de Rimac, situado un poco mas al norte. Debía su nombre, que en lengua Quichua significa, “el que habla,” á un famoso ídolo, á cuyo santuario acudian en gran número los Indios, por los afamados oráculos que pronunciaba. Un caudaloso rio atravesaba el valle, y los Indios segun su costumbre, le habian sangrado en mil partes dividiéndolo en multitud de arroyuelos que serpenteaban por las hermosas praderías.

Escojió Pizarro para asiento de su nueva capital las orillas de este rio, á dos leguas de su embocadura, la cual forma una cómoda ense-

nada, para abrigo de las embarcaciones que el ojo previsor del fundador veía ya flotar en sus aguas. Por hallarse aquel lugar en el centro del imperio, era muy propio para residencia del Virey del Perú, pues desde allí podía comunicarse fácilmente con todos los puntos del país, y vigilar á los Indios. Aunque el valle solo distaba del ecuador doce grados al Sur, gozaba de un clima delicioso, tan templado por las frescas brisas que soplaban del océano ó de los picos nevados, que el calor era mucho menor que en otros países situados á igual latitud. En la costa nunca llueve; pero suple esta falta una neblina húmeda que durante el verano se tiende sobre el valle, le defiende de los rayos del ardiente sol, y sin que se advierta, humedece los campos y les viste de rica verdura.

Pizarro dió á su nueva capital el nombre de *Ciudad de los Reyes*, por haberla fundado, según dicen, el día de la Epifanía, 6 de Enero de 1535; aunque otros sostienen que ese día se determinó el asiento, pues la fundación no tuvo lugar hasta doce días después.²⁰ Mas el nombre castellano cayó en desuso aun antes de acabarse la primera generación, y prevaleció el de Lima, por corrupción del nombre indio *Rimac*.²¹

²⁰ Así lo dice Quintana, siguiendo al Padre Bernabé Cobo en su libro titulado *Fundación de Lima*, que él califica de autoridad irrecusable. Españoles Célebres, tom. II. p. 250, nota.

²¹ En los MSS. de los primeros conquistadores se echa de

La planta de la población se trazó con toda regularidad. Las calles tiradas á cord l y cortadas en ángulo recto, se dejaron mas anchas de lo acostumbrado en las ciudades de España, con espacio suficiente entre unas otras para plazas públicas y jardines de las casas particulares. La planta formaba un triángulo con el río por base, cuyas aguas debían repartirse por caños de piedra, en todas las calles principales, con el fin de que cada uno pudiese regar el pedazo de terreno contiguo á su habitación.

Tan luego como el gobernador escogió el sitio y determinó la planta de la ciudad, dió principio á los trabajos con su acostumbrada actividad. Hizo venir á los Indios de mas de treinta leguas á la redonda, para que le ayudasen, y los mismos Españoles se aplicaron con empeño á la obra bajo la dirección de su jefe. Todos dejaron la espada del conquistador y tomaron las herramientas del artesano. El campo se veía cubierto de un enjambre de trabajadores diligentes, y el estruendo de la guerra se había convertido en el inocente bullicio de una población activa y ocupada. La catedral, el palacio

ver al punto como desde muy al principio, la apelación de *Lima* suplantó al primitivo nombre indio. “Y el marqués se pasó á Lima y fundó la ciudad de los Reyes que agora es.” (Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.)

“Así mismo ordenaron que se pasasen al pueblo que tenían en Xauxa poblado á este Valle de Lima donde agora es esta ciudad de los Reyes i aqui se pobló.” (Conq. i Pob. del Piru MS.)

vireinal, las casas conquistoriales y otros edificios públicos debían formar en el centro una espaciosa plaza principal; y se echaron los cimientos con tal grandeza y solidez, que pudieron resistir á los insultos del tiempo, y á veces aun á los terribles sacudimientos de los terremotos, que en diversas épocas han echado por tierra una parte de la hermosa capital.²²

Mientras esto pasaba, Almagro, llamado comunmente *el Mariscal* por los cronistas contemporáneos, había marchado á encargarse del gobierno del Cuzco por comision de Pizarro. Se le previno también que por sí ó por sus capitanes emprendiese la conquista de las tierras del Sur pertenecientes á Chile. Desde su arribo á Caxamalca, se mostró Almagro dispuesto á olvidar los antiguos resentimientos contra su camarada, ó á lo menos á ocultarlos, y había consentido en ser su segundo, en obediencia á las órdenes del rey, llevando á tal extremo su generosidad que en sus relaciones elogió á Pizarro por su solicitud en mirar por los intereses de la corona. Mas no llegó á tanta su confianza que cuando fué despachado á España Hernando Pi-

²² Montesinos, Anales, MS., año 1535.—Conq., i Pob. del Perú, MS. venson, á quien debemos la mejor descripción de Lima que se encuentra en todos los libros modernos de viajes que he consultado. Residence in South America, vol. II. ch. 8.

Los restos del palacio de Pizarro pueden verse todavía en el Callejon de Potateros, según Ste-

zarro, omitiese el enviar un agente particular para que hiciese presentes sus servicios.

Hernando Pizarro, después de tocar en la Española, llegó sin novedad á Sevilla en Enero de 1534. Además del quinto real, llevaba consigo oro por valor de medio millon de pesos y una cantidad inmensa de plata, perteneciente á aventureros particulares, que contentos algunos con lo ya adquirido, aprovecharon el buque de Hernando para regresar á su patria. La casa de contratación se llenó de barras de oro y plata, y de vasijas de diversas formas, imitando animales, flores, fuentes y otras cosas, trabajadas unas con mas primor que otras; pero todas de oro puro, causando grande asombro en los espectadores, que acudían de todas partes á contemplar tan maravillosas obras de la industria indiana.²³ La mayor parte de ellas pertenecía á la corona, y Hernando Pizarro después de pasar algunos dias en Sevilla, tomó consigo aquellas piezas que le parecieron de mayor mérito y riqueza, y se dirigió á Calatayud, donde á la sazón se hallaba el emperador celebrando las Cortes de Aragon.

Desde luego admitió á Hernando á su real presencia y le recibió con afabilidad. El cono-

²³ Herrera, Hist. General, trajo del Perú, ap. MSS. de Madrid. 5, lib. 6, cap. 13.—Lista de Pizarro. todo lo que Hernando Pizarro

cia la corte mucho mejor que sus hermanos; y cuando las circunstancias le obligaban á refrenar su arrogancia natural, era cortés y aun halagüeño en su trato. Refirió en términos respetuosos las interesantes aventuras de su hermano y de su pequeño escuadron, las fatigas que habian padecido, las dificultades que vencieron, la prision del príncipe peruano y su magnífico rescate. No pudo referir ademas el asesinato de este infeliz monarca, porque aun no habia llegado á su noticia este trágico acontecimiento, ocurrido despues de su partida. Ponderaba el caballero la fertilidad de la tierra y la cultura de sus habitantes, como se echaba de ver por los adelantos que habian hecho en varias artes mecánicas, y en prueba de ello mostró las telas de algodón y de lana, y los preciosos vasos de oro y plata. Brillaban de alegría los ojos del monarca cuando puso la vista en estos últimos. El era demasiado perspicaz para no conocer y apreciar en todo su valor las ventajas que debia traerle la conquista de un pais tan fértil y rico en productos de la tierra; pero se necesitaba esperar mucho tiempo, para que comenzasen á ser de provecho, y asi debemos disimularle que le causasen mayor contento las noticias que daba Pizarro de sus riquezas minerales, porque sus ambiciosos proyectos habian agotado el erario imperial, y la lluvia de oro que tan impensadamen-

te le caia encima, le pareció un medio muy oportuno de llenarlo sin demora. ²⁴ Cárlos, por tanto, no se detuvo en conceder cuanto le pidió el afortunado aventurero. Confirmó del modo mas esplicito todas las mercedes hechas antes á Francisco Pizarro y á sus socios, y ensanchó otras setenta leguas hácia el Sur la gobernacion del primero. Por esta vez no se olvidaron tampoco los servicios de Almagro, y obtuvo licencia para descubrir y conquistar hasta doscientas leguas, comenzadas á cortar desde donde acabase por el Sur la gobernacion de Pizarro. ²⁴ Para darles Cárlos aun mayores pruebas de su satisfaccion, se dignó escribir una carta á los dos capitales, felicitándoles por sus hazañas, y agradeciéndoles sus servicios. Este acto de justicia en favor de Almagro, seria muy honroso para Hernando Pizarro, teniendo en cuenta las pasiones que entre ellos habia, si no lo hubiese hecho así obligado por la presencia en la corte de los agentes del mariscal, que, como ya hemos dicho, estaban prontos á llenar cualquier hueco que dejase en sus relaciones el enviado.

²⁴ En la merced real se dió el nombre de Nueva Toledo á la tierra que debia ocupar, como ya antes se habia dado el de Nueva Castilla á las conquistas de Pizarro. Pero esta tentativa para cambiar el primitivo nombre in-

dio, tuvo tan mal resultado como la primera, y todavía se conoce con el nombre de Chile la estrecha faja de tierra fértil entre los Andes y la costa, que se estiende hácia el Sur del gran continente.

Ya hemos de suponer que en medio de tantas mercedes, este no volvió con las manos vacías. Le dieron alojamiento como á criado de la casa real: hiciéronle merced del hábito de Santiago, la mas estimada de las órdenes militares españolas: obtuvo licencia para alistar una flota y tomar el mando de ella, y se mandó á los oficiales reales de Sevilla que favoreciesen sus proyectos, y le facilitasen su embarque para las Indias.²⁵

La llegada de Hernando Pizarro, y las nuevas divulgadas por él y sus compañeros, causaron una sensacion en los Españoles como no se habia visto desde el primer viage de Colon. El descubrimiento del Nuevo Mundo llenó las cabezas de esperanzas sin límites de riqueza; pero cada nueva expedicion solo habia sido un nuevo desengaño. Aun la conquista de Méjico, si bien escitó la admiracion general como un hecho ilustre y maravilloso, no habia producido el oro que todos aguardaban. Las magníficas promesas hechas por Francisco Pizarro en su último viage á la península, no habian llegado á revivir la confianza de sus compatriotas, incrédulos ya á fuerza de desengaños. Lo único real y verdadero eran las dificultades de la empresa, y la desconfianza general se manifestó muy bien en el corto número de individuos,

²⁵ Herrera, loc. cit.

y aun estos de la gente mas perdida, que quisieron embarcarse en aquella aventura.

Pero al presente ya estaban realizadas estas promesas. Ya no habia que dar crédito á las doradas relaciones de los aventureros, sino al oro mismo que tenian á la vista con tal abundancia. Todos, pues, dirigieron la vista al occidente. El pródigo arruinado creyó encontrar allí el camino para rehacer su fortuna con la misma presteza con que la habia dilapidado. El mercader en vez de ir á buscar las preciosas mercancías del oriente, se dirigió al lado opuesto pensando lograr mayores ganancias donde los objetos de primera necesidad alcanzaban precios tan exorbitantes. El caballero ansioso de ganar gloria y riquezas con su espada, se figuró haber hallado un excelente teatro para sus hazañas en las cumbres de los Andes. Conoció entonces Hernando Pizarro que su hermano tuvo razon en dar licencia para que regresasen á su patria á cuantos soldados lo solicitaron, persuadido de que las riquezas que allí ostentasen atraerian diez hombres á sus banderas por cada uno que las abandonase.

De esta manera, en muy breve tiempo se encontró aquel caballero con el mando de la armada mas numerosa y mejor equipada que acaso habia salido de los puertos de España desde la famosa de Ovando en tiempo de los Reyes